La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

CHIRIBITAS

SAINETE EN CUATRO CUADROS, ORIGINAL DE

Enrique Paradas y Joaquín Jiménez

PERSONAJES

CHIRIBITAS. - TRINI. - NATI. - LORENZA. - ANITA. - BAÑISTA 1.ª - UNA DONCELLA. CAYETANO. - LIBORIO. - ACACIO. - BURGALETS. - BANERO. - ZOCATO. - GUMER. - SINFO. - REMIGIO. - CATITE. UN BOTONES. - GUARDIA 1.º - GUARDIA 2.º

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el derribo de una casa. Empalizada de madera con puerta en el centro. Dos rejas en el piso bajo y dos huecos de balcones en el entresuelo. En la escena, junto a la valla y en el suelo, varios tablones y vigas de madera. Al levantarse el telón aparece Cayetano en el balcón de la izquierda, donde figura estar derribando.

MUSICA

(*Para cantables véase la partitura.*)

HABLADO

LIB.—Pues, señor, estamos apañaos con los volquetes. Toos los días lo mismo. (*Por la puerta de la valla aparece Chiribitas con una espuerta de escombros.*) ¡Oye tú, Chiribitas!

CHI.—¿Qué quería usté?

LIB.—¿Toavía no has acabao de sacar ese escombro?

CHI.—No pueo correr más. Ya sabe usté que soy rumático.

LIB.—Pues a ver si te vas a ir a baños.

CHI.—Con su permiso. (*Medio mutis.*)

LIB.—Oye. Cuando dejes esa espuerta subes a ayudar a Cayetano. Y le dices que ha dicho el maestro que hay que darse prisa. ¿Has oído?

CHI.—Sí, sñor, sí. Que dice usté que ha dicho el maestro...

LIB.—Que hay que espabilarse, y na más. Ca día estás más torpe..

CHI.—Si es que soy rumático. (*Mutis por la derecha.*)

LIB.—Ya te daría yo a tí. (*Mutis por la valla.*)

CHI.—(*Volviendo a salir con la espuerta vacía.*) A este tío lo mejor es tomarlo en vodeville. Porque si lo toma uno en serio, era pa abrirle la cabeza. ¿Y qué saco yo abriéndole la cabeza? Cemento armao. Y a propósito de cemento. Voy a hacer un descansillo. ¡Señor Cayetano!

CAY.—(*Al balcón.*) ¿Qué hay, Chiribitas?

CHI.—Baje usté a echar un cigarro.

CAY.—¿No anda por ahí el tiralevitas de Liborio?

CHI.—Ha ido pa dentro a ver cómo trabajan los demás.

CAY.—Pues allá voy.

CHI.—Este hombre si que es un pedazo de pan.

CAY.—(*Por la puerta de la valla.*) Venga ese cigarro.

CHI.—Ahí va. (*Le da un cigarro que encienden.*) ¿Pero qué le pasa hoy que está usté tan lóbrego?

CAY.—Lo de ayer y lo de tóos los días. ¿A tí te paece bien que hayan hecho

encargao al sinvergüenza ese de Liborio, que sabe de albañilería lo que yo de latín?

CHI.—Señor Cayetano, desde el tiempo de los íberos y de los celtas, los únicos que medran y viven son los chismosos y los tiralevitas, como ese.

CAY.—Y no es eso lo que más me agobia. Es que este Liborio, que como sabes es primo segundo de mi mujer, me está haciendo la cama en casa.

CHI.—¿Cómo dice usté?

CAY.—Que no doy un paso que no lo sepan mi mujer y mi hija. ¿Te acuerdas la otra noche cuando estuvimos en el *Ateneo?*

CHI.—¡Ah! Sí. ¿En el bar ese de camareras?

CAY.—Bueno, pues al día siguiente se lo fué soplando a mi mujer.

CHI.—Es un soplón.

CAY.—Por supuesto, que esto va a durar hasta que a mí se me hinchen las narices. Porque bueno es que yo lo aguante en la vida oficial de albañil; pero en la vida íntima del hogar, ¿de qué, hombre, de qué? ¿No te parece? (*Se oye hablar por dentro a Lorenza y Anita.*)

CHI.—Lo que me parece es que vienen su mujer y su hija.

CAY.—A darme algún sablazo. (*Aparecen en escena. Vienen regañando.*)

ANI.—Le he dicho a usté que no, que no, y que no. Yo las quiero de moda, y si no, voy con alpargatas, eso es.

LOR.—Pues ahí tiés a tu padre; cuéntaselo.

CAY.—¿Qué pasa?

LOR.—Tu hija que se nos está volviendo la mar de coqueta. ¿Tú sabes el sofocón que me ha dao? Empeñá en que la compre botas de última moda.

ANI.—¡Pues es claro! Como las llevan las de mi obrador.

CAY.—¿Y cuánto valen esas botas?

LOR.—Seis duros.

CAY.—¿Seis duros? Eso es mucho arroz.

LOR.—Es que esta chica se ha creído lo menos que es hija de un arquitecto. No, hija mía, no; tu padre no es más que un triste peón, y de los malos.

CAY.—Oye, Lorenza. Eso de malo poco a poco. Yo soy tan bueno como el primero.

LOR.—Ya se conoce. Llevas cuarenta años de oficio y no has pasao de peón de mano. Ahí tiés a Liborio, a mi primo: cuatro días lleva y ya es encargao.

CHI.—Bueno; Liborio es lo que es, por lo que es y no por lo que él es.

CAY.—Eso es. Y yo soy como soy, y el que es como yo soy tié que ser como es.

CHI.—Habrá usté visto que esto es cervantino puro.

LOR.—Ya se conoce que frecuentáis el Ateneo. (*Con malicia.*)

ANI.—Pero, bueno, madre, ¿hemos venío aquí pa eso?

CAY.—Eso digo yo: que si ha venío a darme la sinfonía.

LOR.—He venío a lo que he venío, ya lo sabes. A que si tú dispones de mucho dinero le compres a tu hija botas de última novedá.

CAY.—Yo no tengo un botón. Ya sabes que te entrego el jornal casi íntegro toas las semanas.

ANI.—Pues yo trabajo y soy una chica joven y no quiero llevar más botas de cinco pesetas. ¡Que no, que no, y que no!

CHI.—Tie razón la Anita. Es una lástima que esos pies tan finos lleven un calzao tan ordinario.

LOR.—Bueno; menos jabón, ¿eh? Que yo te he visto a tí de venir. Tú has echao el ojo a la chica; pero límpiate, que estás de yeso. Esta hija la he criao yo pa uno de carrera.

CHI.—Le advierto a usté que yo voy a estudiar la telegrafía sin hilos.

LOR.—Pues anda y que te aprueben.

CHI.—Además, que si yo quiero a la chica, no es cuenta de usté. Ella es la que tié que decirme sí o no.

ANI.—Ya te he dicho muchas veces que no.

CHI.—Podías haber cambiao de opinión.
CAY.—Bueno, tú, Lorenza. Ahueca, que hay que trabajar.
LOR.—Pues, hala, hala. Y ya lo sabes. De ocho pesetas.
ANI.—Se las pondrá usté, que la hija de mi madre no se las pone.
LOR.—¡Anda de ahí, descaradota! ¡Rabanera!
CAY.—Bueno, bueno; a dar espectáculos a casa. (*Mutis Lorenza y Anita regañando.*)
CHI.—Vayan ustés con Dios.
CAY.—¡Maldita sea la familia, hombre!
CHI.—(*Que desde que se fueron ha estado embobado viéndolas marchar.*) ¡Qué gitana es esta chica! Ca día me tié más loco..
CAY.—¡Chiribitas! Hala, a trabajar. (*Mutis por la puerta de la valla.*)
CHI.—Voy, voy. ¡Pero qué gitana es! (*Mutis. Apenas se ve a Cayetano en el practicable de la derecha y a Chirivitas en el de la izquierda, comienza la orquesta el número de música.*)

HABLADO

TRI.—¡Vaya, vaya con los parroquianitos! Sí que tién ustés buen humor.
CAY.—Somos dos peones la mar de alegres.
CHI.—Oiga usté, Trini, ¿y su compañerita del alma?
TRI.—¿La Nati? Tan guapa como siempre.
CAY.—La verdá que son ustés un par de mujeres...
CHI.—Un par que está de non.
CAY.—¡Lástima que no tuviá yo veinte mil duros!...
TRI.—¡Ay, qué rico! Más cuenta le tenía a usté tener veinte años menos.
CAY.—¿Es que teniendo veinte menos me iba usté a querer más?
TRI.—Igual, sobre poco más o menos. Lo que es que haríamos mejor pandán, como suele decirse.
CHI.—Tiene razón. Aquí la Trini es una finca orientá al Mediodía, y usté es un casucho que está mirando al Este. Como si dijéramos: ella es una construcción moderna y usté es un derribo.
TRI.—No tanto, hombre. Que aquí Cayetano está bien conservao.
CHI.—¿Dónde va a parar con la fachada que tiene usté? Avíseme cuando haya que revocarla.
CAY.—Oye, tú, pa eso estoy yo aquí.
TRI.—¡Ay, qué gracia! ¿A ver si van ustés a regañar?
CHI.—No hay cuidao. Porque, últimamente, él pone el andamiaje y yo me subo.
TRI.—Bueno, bueno. Que les estoy entreteniendo y tendrán ustés que hincar el pico.
CAY.—No hay prisa.
TRI.—¿Cuándo van ustés a volver por el café a tomar una copita?
CAY.—El sábado sin falta.
TRI.—¿De verdá?
CHI.—Si no falta. (*Indicando dinero.*)
TRI.—Eso es igual. Ya saben ustés que yo tengo siempre un duro pa convidar a los amigos.
CAY.—Se agradece la voluntad.
TRI.—Bueno, pues hasta el sábado. Que sigan ustés tan flamencos.
CAY.—Adiós, excelentísima señora..
TRI.—Adiós, obreros. (*Vase.*)
CHI.—¡Vaya gasolina!
CAY.—¡Qué mujer, Criribitas! ¿Qué harías tú si tuvieras ahora mismo mil plumas?
CHI.—Salir volando a comprarle unas botas de moda a su hija de usté.
CAY.—Amos, calla.
CHI.—Y usté, ¿qué haría?
CAY.—Irme detrás de esa mujer y armar una jarana que ríete tú de las ba-

◆

canales de Roma. Pero como si no. Tiene uno que conformarse con ir el sábado, estar un rato de cobeo, y luego... ¡a casa con la Lorenza! ¡Maldita sea! ¿Dónde estará el dinero?

CHI.—Señor Cayetano, ¡una corazoná! Yo no he jugao en mi vida a la lotería. ¿Quié usté que saque un décimo pa los dos?

CAY.—¿Pa qué? Si no va a tocar.

CHI.—¿Que no? Es una corazoná y toca. Este (*Señala el cuello.*) me dejo yo cortar.

CAY.—¿Sí? Pues vamos a verlo. (*Saca una navaja.*)

CHI.—(*Asustado y sujetándole, porque intenta abrirla.*) ¿Qué va usté a hacer?

CAY.—Quita, hombre, quita. (*La abre.*)

CHI.—¿Pero qué va usté a hacer?

CAY.—Ahora verás. (*Se desabrocha la blusa y el chaleco que lleva debajo y con la navaja rasga el forro, de donde saca un duro.*) Ahí tienes. Un Amadeo.

CHI.—¿Pero tenía usté un duro? ¿Esto no lo sabrá la señá Lorenza?

CAY.—¿Qué va a saber? Ni por el forro.

CHI.—Pues esta misma noche saco el décimo. Ya pué usté prepararse a recibir el gordo. (*Aparece Acacio por lateral derecha. Es un tipo de barrendero con cara de primo. Lleva en la mano una escoba pequeña y un cogedor de los que usan en el ramo para limpiar las calles.*)

ACA.—Buenos días nos dé Dios.

CHI.—Hola, escobilla.

ACA.—No me llamo escobilla. Me llamo Acacio.

CAY.—Calla, hombre, es una chirigota.

ACA.—Pues no consiento chirigotas. Y de éste menos. Que no le puedo ver.

CAY.—Bueno; ¿qué quieres?

ACA.—Ver a mi padre.

CAY.—Chiribitas, di a Liborio que salga, que tié aquí un cacho e la familia.

CHI.—¿Un cacho? Querrá usté decir un cachorro.

ACA.—Anda, anda, a lo que te han mandao.

CHI.—¿Y es éste el que se va a casar con su hija?

CAY.—Yo no me meto en eso. Allá ella.

ACA.—Eso. Allá ella y allá yo.

CHI.—Una interrogación. ¿Quié usté que lo barra ahora mismo?

ACA.—Una interjección. ¡Magras!

CHI.—¿Magras? Ahora verás. (*Va a pasar junto a él.*)

ACA.—(*Huyendo.*) Estate quieto.

CAY.—Amos, deja a mi sobrino.

CHI.—Déjeme usté, que no le pego. Voy a analizarle un párrafo. Tú te traes la gramática de tu padre, que es un... puntos suspensivos. Pero voy a decirte una cosa pa que te sirva de guión. A tu prima le gusta el género masculino. De modo que no le digas ni una sílaba ni una letra. Ten presente que antes de que seas su futuro te dejo yo imperfecto. Y no te digo una palabra grave, porque no me gusta ser hablativo. Y ahora, punto y aparte. Voy a avisar al señor Liborio. (*Vase.*)

ACA.—Oiga usté, tío Cayetano. A éste hay que ponerle los puntos sobre las íes.

CAY.—Calla, hombre. Sabe Dios con quién se casará la chica. Toavía es muy joven.

ACA.—Pues se tié que casar conmigo. La tía Lorenza y mi padre están conformes.

CAY.—Pero falta que lo esté mi chica y que lo esté yo, que somos los protagonistas.

LIB.—(*Por la puerta de la valla.*) Hola, hijo mío.

ACA.—Hola, padre. (*Le da un fuerte abrazo y un beso.*) Me he acercao un momento a ver si quié usté que vayamos a eso de las quintas.

LIB.—Sí, hombre; ahora mismo. Oye, Cayetano. Ten cuidao, que voy a lle-

garme con el chico aquí a la Diputación. Estoy andando los pasos a ver si me lo dan por inútil.

CAY.—¿Por inútil? En cuanto lo vean.

LIB.—Me dolería mucho que al chico me lo llevaran al servicio. Amos, sería mu triste pa mí separarme de él. No es porque yo lo diga, pero es un modelo de hijos. No me fuma, no me bebe, no me juega... Y de económico no hablemos. Toas las propinas que coge las guarda. Oye, Acacio. Dile aquí a tu tío lo que tienes ya en el Ahorro Postal.

ACA.—Seis pesetas.

LIB.—¿Qué te parece?

CAY.—Hombre, eso es una basura. Recógelo.

LIB.—Por algo se empieza. Que ahora gana poco. Pero en cuanto tenga la edad le pienso meter en el Cuerpo de Bomberos. Así tiene el cocido asegurao. Y además puede hacer dinero. Yo ya le tengo echao el cálculo. Entra con cuatro pesetas, y como ahorra una diaria, a los cuarenta años, ¿qué crees tú que tendrá éste?

CAY.—Un hambre que no ve.

LIB.—Contigo no se pué hablar. Siempre estás de chirigotas y jaranitas.

CAY.—Pero, hombre, si con cuarto pesetas no se pué comer, ¿qué va a guardar? El ayuno.

LIB.—¡Claro! Pensando como tú no hay ahorro posible. Así te ha lucío el pelo. Gracias a que has dao con la pobre Lorenza, que es una mártir.

CAY.—Bueno, bueno. Déjame a mí de sermones. Ca uno vive como le da la gana. Y a propósito de esto, te voy a pedir un ligero favor.

LIB.—Tú dirás.

CAY.—En la cuestión del trabajo, paso porque me hagas una observación, aunque no la necesito. Pero en mi vida privada vas a hacer el favor de no entremezclarte más, porque vas a dar lugar a una colisión.

LIB.—Bueno, bueno; reposo. Desde hoy, como si no fuéramos parientes ni amigos. ¿Tú lo quieres? Sea. Pero te advierto que el maestro está hasta la coronilla. No te ha echao a la calle por mí. Desde hoy en adelante, allá consecuencias. Acacio: ¡A la Diputación!

ACA.—Adiós, tío. (*Mutis por la izquierda.*)

CAY.—Adiós, primos. ¡Qué ganas tengo de perderlos de vista a los dos! ¡Lo mismo que al maestro! ¡Que está hasta la coronilla de mí! ¡Poquitas ganas que tengo yo de echarle un sermón! Y me paece que va a ser hoy mismo. Las cosas en caliente. Ahora me voy a la taberna: me tomo un quince, luego otro quince, después otro quince, y a los cuarenta y cinco justos, vengo aquí, cojo un pico, y me lío a derribar cabezas. ¡Las cosas en caliente! (*Va a iniciar el mutis y le detiene Chiribitas, que sale desencajado y casi sin poder hablar de la emoción.*)

CHI.—Se... se... se... señor Caye... señor Caye...

CAY.—¿Qué te pasa, hombre?

CHI.—¡Señor Cayetano! A mí me va a dar... a mí me va dar algo.

CAY.—¡Adiós! Ya me ha perdío el duro.

CHI.—¡Ay! Yo me pongo malo. Un te... un te...

CAY.—¡Unas narices! (*Con indignación.*)

CHI.—Un te... ¡Un tesoro, señor Cayetano!

CAY.—(*Asombro tremendo.*) ¿Qué dices?

CHI.—¡Chist! Que no se entere nadie. Que las paredes oyen.

CAY.—Pero, hombre, habla de una vez.

CHI.—Deje usté que me reponga de la emoción. Verá usté. Estaba yo derribando una paré, cuando el pico chocó en una cosa que me chocó. Lo cojo, lo miro, y era... era... Era oro, señor Cayetano. ¡Onzas!

CAY.—(*Aterrado de la impresión.*) ¿Onzas? Estoy sudando el quilo.

CHI.—Mírelas. (*Saca de debajo de la blusa un puchero.*)

CAY.—(*Cogiendo una.*) ¿A ver? Sí. Onzas son. Peluconas. Guárdatelas, que

paece que oigo pasos. (*Chiribitas se las guarda rápidamente y vuélvense caaa uno por un lado a ver si viene alguien.*) Oye, ¿cuántas habrá?

CHI.—No he tenío valor pa contarlas. Pero hay un buen puñao.

CAY.—Bueno. Pues mira, lo primero que vas a hacer va a ser romper el puchero y guardarte las onzas en los bolsillos. Escóndete ahí en la valla pa que no te vean. Yo estaré al cuidao.

CHI.—En seguida. (*Hace mutis por la valla.*)

CAY.—(*Mirando a todos lados.*) Estoy que no me llega la camisa al cuerpo. Ahí es nada. Onzas de oro en estos tiempos, que no se ve una. ¡Los años que tendrá la casita esta!

CHI.—(*Saliendo.*) Ya están guardás.

CAY.—Oye, Chiribitas. Supongo que esto será a medias.

CHI.—Eso no se pregunta, señor Cayetano.

CAY.—Gracias. Ya sabes que siempre te he querío como a un hijo.

CHI.—Bueno, al grano. ¿Qué vamos a hacer ahora?

CAY.—¡Qué sé yo! Estoy tan emocionao, que no me se ocurre na.

CHI.—Yo creo que debíamos ir en seguía a su casa a decírselo a la señá Lorenza.

CAY.—La señá Lorenza no sabe na.

CHI.—Por eso debemos ir a decírselo.

CAY.—Ni una palabra. Esto no debe salir de entre los dos. En cuanto digamos tanto así estamos perdidos. ¿Qué hora será?

CHI.—Las diez y media.

CAY.—¿Las diez y media? Vete por las americanas.

CHI.—¿Nos vamos a ir antes de la hora?

CAY.—Hemos dejao de ser albañiles. Somos capitalistas. Vete por el frac.

CHI.—(*Aparte.*) (¿Dónde iremos a parar nosotros?) (*Vase.*)

CAY.—Ahora, a comer. Después, a tomar café allí. Luego, aquí. Le damos dos patás al maestro, cuatro a Liborio, y a la noche lo mismo podemos estar en la Comisaría que en la cuesta de las Perdices.

CHI.—(*Con las americanas.*) Tome usté, capitansta.

CAY.—(*Poniéndose la prenda.*) ¡Prudencia y discrección!

CHI.—¿Ha pensao usté dónde vamos?

CAY.—A casa Lhardy.

CHI.—Muy bien pensao.

CAY.—Andando, y que de esto no se entere ni la tierra.

CHI.—Por mí, ni el aire.

CAY.—¡Aire! (*Medio mutis.*) Y si no, espérate.

CHI.—¿Qué va usté a hacer?

CAY.—Una que va a ser soná. Toca la campana.

CHI.—Al vuelo. (*Entra a la puerta que hay detrás de la valla, donde figura estar la campana y tira de la cuerda.*)

CAY.—Basta. Ahora, con ese duro que te he dao, te traes un frasco de vino de ahí enfrente. Que sea bueno.

CHI.—Bueno, bueno. (Lo malo va a ser si viene el maestro.) (*Mutis.*)

CAY.—Vamos a dejar recuerdos pa una temporá.

ZOC.—(*Baja asustado de oír la campana tan pronto.*) Señor Cayetano, ¿cómo es que han tocao la campana?

CAY.—¡Chist! Siéntate ahí. (*Se sienta en las vigas.*)

GUM.—¿Pero qué hora es?

CAY.—¡Chist! Toma asiento. (*Se sienta como el otro.*)

SIN.—¿Qué pasa?

REM.—¿Cómo han dao la hora?

CAT.—¡Si no son las doce!

CAY.—Sentarse y callar. (*Se sientan.*)

CHI.—(*Con un frasco de vino y un vaso.*) Aquí está el frascuelo.

CAY.—Dales un vaso a ca uno.

CHI.—(*Sirviendo a Gumersindo.*) Ahí va, compañero.

CAY.—¿Cómo compañero? Ex compañero.

ZOC.—Bueno, Cayetano. ¿Quiés decirnos de una vez a qué ha venido tóo esto?

CHI.—Ha venido porque nosotros nos vamos.

CAY.—Tanto Chiribitas como yo dejamos de ser albañiles desde este momento.

GUM.—(*Con asombro.*) ¿Pero cómo?

ZOC.—¿Os ha tocao el gordo?

CAY.—¡Nos han tocao las narices! Es que nos hemos cansao de ser esclavos del trabajo.

CHI.—Que no queremos seguir viviendo a toque de campana como los sacristanes.

ZOC.—¿Y a qué os vais a dedicar?

CHI.—A vagos, que es uno de los oficios que están mejor pagaos en el mundo.

ZOC.—Si hay alguna plaza vacante, me avisáis.

CHI.—Tomaremos nota.

CAY.—Y ahora tomar otro vasito a nuestra salud. (*Chiribitas sirve otro vaso a cada uno.*)

ZOC.—Bueno, compañeros. Pues demos un viva a la emancipación social.

TODOS.—¡Viva! (*Aparece Liborio seguido de Acacio.*)

LIB.—¿Pero qué garata hay aquí?

ZOC.—(¡Arrea! El encargao.).

LIB.—Oye, tú, Cayetano. ¿Me quiés decir qué significa esto? Aquí de copeo y el trabajo abandonao.

GUM.—Es que el señor Cayetano...

LIB.—A ti no te pregunto. ¡Hala, a trabajar todos!

ZOC.—Es que han tocao la campana y hemos bajao.

LIB.—¿Y quién os ha mandao tocar la campana siendo las once?

CHI.—Va usté atrasao.

CAY.—Bueno, tú, Chiribitas, vámonos que se nos hace tarde.

LIB.—¿Pero qué es eso? ¿Dónde vais vosotros?

CAY.—(*Con mucha guasa.*) ¡Ja, ja! ¿Que dónde vamos? Díselo tú.

CHI.—(*Idem.*) ¡Je, je! Pues vamos... Yo no sé bien las señas; pero creo que es aquí, donde a usté no le importa.

LIB.—(*Incomodado.*) Bueno; basta e bromas, que ya me estoy yo cansando.

CAY.—Los que nos hemos cansao somos nosotros, que estamos de ti hasta la coronilla.

LIB.—¿Qué dices?

CHI.—Hasta aquí. (*Señala.*)

CAY.—De móo que ya lo sabes. Le dices al maestro que el jornal mío de esta semana se lo gaste en antipirina pa la jaqueca que le das tú tóos los días.

CHI.—Y el mío se lo mete usté al cachorro en la Caja Postal.

ACA.—¡Granuja! ¡Vago!

CHI.—(*Queriendo pegar al chico.*) ¿Granuja yo?

LIB.—(*En valiente.*) ¿Qué es eso? Como toques al chico te abro la cabeza.

CHI.—¡Usté qué va a abrir! ¡Tiralevitas!

CAY.—¡Chismoso!

LIB.—¡Maldita sea! (*Queriendo tirarse a pegarle.*)

ZOC.—¡Quieto, señor Liborio! (*Le sujetan entre los albañiles.*)

ACA.—¡Padre, padre! Déjelos usté, que ninguno de los dos tién dos onzas de vergüenza.

CHI.—¡Señor Cayetano, que no tenemos ni dos onzas! ¡¡Pobretes!! (*Hace un gesto de desprecio, y cogiéndose del brazo de Cayetano inician el mutis. Acacio los mira asustado y Liborio forcejea para desasirse de los albañiles, que siguen sujetándolo. Telón.*)

CUADRO SEGUNDO

Escena dividida. La parte de la izquierda, taberna con mostrador. La de la derecha figurará el comedor. Varias mesas con manteles. En la pared divisoria habrá una puerta mampara.

(*Al levantarse el telón aparecen en la parte de los comedores Trini, Nati, Cayetano y Chiribitas, sentados alrededor de una de las mesas. En la taberna el Burgalés leyendo un periódico.*)

CAY.—Ahí va un vasito, Trini. A mi salú.

TRI.—A la salú de los hombres castizos del andamio que saben gastarse las onzas sin postín y con alegría.

CHI.—¡Muy bien expresao!

(*Beben todos.*)

CAY.—Eso es lo que yo quiero. Alegría. Anda, Chiribitas, cántate algo pa que vean éstas lo que nos traemos en el pico. (*Coge la guitarra.*)

TRI.—¡Venga jaranilla!

MUSICA

(*El cantable en la partitura.*)

HABLADO

CAY.—Bueno. Y ahora vamos a lo que interésa. Vosotras, simpáticas amigas, conocéis el origen secreto de nuestra fortuna. Estas monedas de oro que poseemos es necesario cambiarlas en moneda corriente. Y al efecto, os vamos a dar unas cuantas pa que vayais a cambiarlas ahora mismo. Chiribitas, abre la caja de caudales.

CHI.—(*Saca un pañuelo lleno de monedas.*) ¿Cuántas les doy?

CAY.—Media docenita.

CHI.—Ahí van. Seis peluconas.

TRI.—Pues andando, Nati. (*Meten las onzas en el bolso.*)

CAY.—Y venir prontito, que está haciendo falta doña luz.

TRI.—En seguida volvemos. Hasta luego.

CHI.—Vayan con Dios, y cuidado con los rateros.

NATI.—Hasta luego. (*Al Burgalés. Vanse.*)

BUR.—Vayan con Dios. ¡Qué par de pájaras!

CHI.—Bueno, señor Cayetano. Ahora que estamos solos, ¿me quiere usté explicar qué proyectos tiene pa el porvenir? ¿Porque lo de estas individuas no será más que un pasatiempo?

CAY.—Querido Chiribitas. Ya comprenderás que después de haber faltao esta noche a casa y después de lo que ocurrió ayer en el tajo, sería una candidez volver ahora a nuestros hogares. Y sobre tóo, que ya que un día la fortuna se acuerda de mí y me dice: "Cayetano, toma unas onzas y disfruta un rato de la vida", no es cosa de dejarla mal.

CHI.—Está bien. Pero es que además de la fortuna se acuerdan de usté la señá Lorenza y su hija.

CAY.—Ya les dije que se iban a acordar de mí.

CHI.—De todos modos, no estaría de más que les escribiera usté una carta tranquilizándolas.

CAY.—Pues eso se arregla en seguida. Toca el timbre.

CHI.—(*Aparte.*) (Le he tocao al corazón.)

(*Toca y viene Burgalés.*)

BUR.—¿Qué se ofrece?

CAY.—Tráete papel, tintero y pluma.

BUR.—Como las balas.

CAY.—Oye, Burgalés. Una advertencia. Si viene el chico de una sastrería preguntando por mí, mándale pasar. Son unos trajes que nos hemos encargao.

BUR.—Está bien.

CAY.—Y ya sabes lo que te he dicho. No estoy pa nadie.

BUR.—Descuida, hombre. (*Sale.*)

CHI.—Vaya usté pensando lo que va a decirles.

CAY.—Pocas palabras. El laconismo es en estos casos la madre del cordero.

BUR.—(*Con lo pedido, que deja sobre la mesa.*) Aquí está. (*Vase.*)

CAY.—Siéntate y escribe. "Querida Lorenza. Ya sabes que tu Cayetano ha sido siempre un marido sin tacha." Y si no tacha eso.

CHI.—Tachao.

CAY.—"Aprecable costilla. No sé cómo decirte... (*Pensando.*) No sé cómo decirte..." Nada, que no sé cómo decírselo.

CHI.—¿Quiere usté que lo redacte yo?

CAY.—Sí, hombre; porque es que llevo la mar de años que no escribo una carta y no doy pie con bola.

CHI.—Eche usté un pitillo. Antes de que lo encienda, ya he terminao. Lo tengo todo aquí. (*Se dispone a escribir precipitadamente. Cayetano hace un cigarro. Chiribitas va haciendo gestos según escribe.*)

CAY.—Oye, dile que sigo siendo el mismo.

CHI.—(*Sin dejar de escribir.*) Se le dirá.

CAY.—(*Después de una pausa.*) Oye. Y no le digas nada de las onzas.

CHI.—No se le dirá.

CAY.—Y le dices que...

CHI.—Cállese, que me está usté equivocando.

CAY.—Dispensa, hombre. (*Una pausa, durante la cual se sirve un vaso de vino.*)

CHI.—¿A cuántos estamos?

CAY.—Pues no estoy seguro.

CHI.—Bueno, es igual. Ya está. A ver qué le parece.

CAY.—Venga de ahí.

CHI.—(*Leyendo.*) "Querida esposa: Me figuro que al ver esta carta creerás que te he hecho una jugada. Renuncio. Ya sabes que en mi vida he salido de sota, caballo y rey, y ya sabes también lo arrastrao que he vivido siempre y el tute que me he dao por los andamios. Si alguna vez he merecido cuatro palos, las copas tuvieron la culpa. Me he pasao la vida entre la espada y la paré, y aunque otros más bastos que yo han triunfao en el mundo, como siempre he jugao muy limpio, me he quedao en albañil, como me podía haber quedao zapatero. No vayas a creerte que he robao. Es que la suerte me ha favorecido y me han pintao oros. Tengo los necesarios pa ajustarle las cuarenta a más de veinte. Tenía ganas de salirme con la mía y me he salido. De no fallarme el negocio que tengo, dentro de poco estaré con vosotras y podremos vivir a cuerpo de rey. Y no digo más. ¡Animo y no te achiques! ¡Paciencia y barajar! Tu espoco que lo es, Cayetano Díez de Monte y Baza. Tantos de tantos." ¿Qué le parece?

CAY.—Que eso es una carta. Es una baraja completa. Pon el sobre. (*Chiribitas se sienta a poner el sobre, y por la taberna aparecen Liborio, Acacio, Lorenza y Anita.*)

LIB.—Buenos días.

LOR.—(*Llorando.*) ¡Ay, Dios mío de mi alma!

ANI.—(*Idem.*) ¡Ay, madre, qué le habrá pasao!

LIB.—Vamos, vamos, no me lloréis más. Sentarse con reposo. (*Se sientan todos.*)

CAY.—(*Que desde que entraron está escuchando.*) Oye, Chiribitas, me parece que está ahí mi familia.

CHI.—¿Qué me dice usté?

CAY.—Escucha. Escucha a ver. (*Aplican los dos el oído a la pared.*)

BUR.—(*Acercándose a la mesa donde se sentaron todos.*) ¿Qué van ustedes a tomar?

LIB.—Nada. Nada de líquidos. Venimos a cosa sólida.

CHI.—¡El señor Liborio!

LOR.—¿Es ésta la taberna del Burgalés?

CHI.—Su mujer de usté.

BUR.—La misma. ¿Qué es lo que ustedes quieren?

LIB.—Reposo. Esta señora es prima mía y desea saber el paradero de su esposo, que es un perdido.

LOR.—Es uno que le llaman el Cayetano, que es albañil.

BUR.—(*Aparte.*) (¡Arrea! La familia del andovales.) Pues mire usté, la verdá, vienen tantos de ese oficio, que es difícil caer en la cuenta.

ACA.—Sí, sí, viene aquí; que le he visto yo.

LIB.—Mire usté, amigo. Yo le suplico que diga la verdá, porque se trata de un asunto serio. Se trata de un individuo que desde ayer a las once de la mañana, hora en que se despidió de la obra, muy groseramente, no ha vuelto a parecer por su casa.

LOR.—Sí, señor Burgalés. Y es la primera vez que le ha pasao eso en veinticinco años que llevamos juntos.

CAY.—Me da pena.

CHI.—Vamos a salir.

CAY.—Eso nunca.

LOR.—Ya sabe usté lo que estoy sufriendo desde anoche. (*Llora.*) ¡Yo no puedo vivir así!

CHI.—Lo que le quiere a usté.

CAY.—¡Pobre! Sí que me quiere.

LOR.—¡Sabe Dios dónde estará a estas horas! ¡Quién sabe si se habrá muerto! (*Llora desesperadamente.*)

LIB.—Vamos, Lorenza, vamos. No llores y ten reposo. Después de todo, con llorar no se adelanta ná.

LOR.—Pero si lloro por eso. Porque no sé ná de él. (*Transición.*) ¿Ustés creen que si yo supiá fijamente que se había muerto iba a llorar? ¡Están ustés equivocaos!

CAY.—(*Loco de asombro.*) ¿Pero qué dice?

LOR.—Pues así que no me ha hecho sufrir en este mundo ese sinvergüenza.

CAY.—¡Maldita sea! ¡La mato! (*Queriendo abrir la puerta para salir.*)

CHI.—(*Sujetándolo.*) ¡Usté no sale de aquí! (*Luchan un momento, queriendo salir Cayetano y Chiribitas abrazado a él, sujetándolo.*)

ANI.—Pues yo no quiero que se muera mi padre, eso es. (*Llorando.*) Que yo le quiero mucho. Y tampoco quiero que le pase nada a Chiribitas.

CHI.—(*Soltando a Cayetano, que ya se calmó.*) ¿Qué dice?

ANI.—Que aunque yo le decía a él que no le quería. sí le quería, eso es. ¡Pobre Chiribitas!

CHI.—Dice que me quiere. Yo salgo. (*Va a salir.*)

CAY.—(*Sujetándolo.*) Tú no sales de aquí.

CHI.—Déjeme usté, que dice que me quiere.

CAY.—Que no, hombre, que no. (*Siguen luchando.*)

LIB.—Bueno. ¿Usté asegura que aquí no ha venido?

BUR.—Ya le he dicho a usté que no conozco a tales individuos.

LIB.—Está bien. Continuaremos las gestiones por otro lao. Usté perdone las molestias, y hasta otro rato.

CHI.—Ya se van.

CAY.—¡Gracias a Dios!

LOR.—Usté lo pase bien y muchas gracias.

BUR.—De ná. Pueden ustés mandar como gusten.

LIB.—Adiós. (*Van a salir y entra el Chico de una sastrería con dos trajes al brazo.*)

CHICO.—Buenos días. Aquí traigo estos trajes para entregar a don Cayetano Díez.

LOR.—¿Cayetano Díez? El es.

LIB.—Reposo. Oye, muchacho. ¿Tú de dónde eres?

CHICO.—De casa Pañete, en la calle los Estudios.

LIB.—¿Y quién te ha mandao aquí?

CHICO.—El amo. Estos trajes creo que los han encargao esta mañana dos albañiles. Y han dicho que se trajeran a esta taberna, que ellos vendrían a recogerlos.

BUR.—Nos ha reventao.

LIB.—¿Ha oído usté lo que dice el chico?

BUR.—Ya lo he oído.

LIB.—¿Y usté qué dice?

BUR.—Yo digo lo que estaba diciendo antes. Que no sé quién son. De modo, que ya lo sabes, chico. Llévatelos a la sastrería, que yo no conozco a esos individuos.

CHI.—Se llevan la ropa.

CAY.—Ya lo he oído.

LIB.—Oye, pequeño. ¿Estos trajes están pagaos?

CHICO.—Sí, señor.

LIB.—Toma, la propina. Y dices que los trajes se han quedao en cá el Burgalés.

CHICO.—Adiós y gracias. (*Vase.*)

LIB.—Y ahora, ca uno a lo suyo. Tú, Lorenza, toma la ropa y a casa con ella. Y muy tranquila, porque, como ves, el sinvergüenza de tu marido está bueno y sano. Yo a mi obligación. Y tú, Acacio, quieto aquí hasta que se cierre la taberna. Andando.

ANI.—¿En qué líos andará metido mi padre? (*Mutis.*)

LIB.—(*A Acacio.*) Y ya sabes. No me tomes ni un vaso de agua. Aquí, sentadito y reposo. Quede usté con Dios. (*Mutis.*)

BUR.—Usté lo pase bien.

CHI.—Ya se han ido. Y con todo el equipo.

CAY.—Nos han reventao.

BUR.—(*Mirando a Acacio.*) Bueno, ¿y qué hago yo ahora con este guardián? Voy a entrar a decírselo a ver qué disponen. (*Entra a los comedores sin ser visto de Acacio.*)

ACA.—Y digo yo: ¿a qué hora cerrarán esta taberna?

BUR.—¡Ya os habréis enterao!

CHI.—De todo.

BUR.—Ahora, vosotros veréis lo que se hace con el vigilante.

CAY.—Eso es lo peor.

CHI.—Yo creo que lo mejor sería emborracharle.

CAY.—Es un medio. Dale vino, y cuando esté mareao, le bajas a la cueva.

CHI.—Eso es, y mientras tanto, vienen ésas y nos largamos.

BUR.—Bueno, bueno, un poco difícil lo veo, pero se hará lo que se pueda. (*Sale y cierra la puerta.*)

CHI.—Voy a escuchar a ver lo que pasa.

BUR.—(*Sentándose junto a Acacio.*) Bien, pollo, bien. ¿De modo que ése que buscan es tío de usté?

ACA.—Sí, señor. Mejor dicho, es tío y no es tío.

BUR.—Sí, vamos, es lejano. Bueno, ¿qué va usté a tomar?

ACA.—Nada, nada.

BUR.—¿Cómo que no? Usté bebe porque yo le convido. ¿Qué va a ser? ¿Vino o aguardiente?

ACA.—No se moleste usté, que no bebo.

BUR.—Amos, hombre, ¿pero va usté a estar sin tomar nada hasta las tres de la mañana que se cierra?

ACA.—¿Ha dicho usté a las tres?

BUR.—Tres, tres y media, cuatro, según. Hay veces que no se cierra en toa la noche.

ACA.—Sí que va a ser mucho tiempo.

BUR.—Es claro; tiene usté que tomar alguna cosita.

ACA.—Vaya, pues ya que se pone usté así, déme usté una torrija.

BUR.—Muy bien. Una torrija y un quince. (*Vase a servir.*)

ACA.—No, señor, no. Si acaso un vasito de agua.

BUR.—¡Qué agua ni qué narices! Usté se bebe un vaso de vino con la torrija porque a mí me da la gana. (*Le pone la torrija y vase por el vino al mostrador. Acacio empieza a comer.*)

CAY.—Qué, ¿bebe?

CHI.—Sí. Una torrija.

BUR.—Ahí va. Este se lo bebe usté de un trago.

ACA.—Pero, si no...

BUR.—Hala, hala, pero que ahora mismo.

ACA.—(*Aparte.*) (Este tío me pega.) (*Se lo bebe de un trago.*)

BUR.—Y en cuanto se coma usté la torrija, otro púlpito.

ACA.—Que no, señor. Que mi padre me va a echar un sermón. No tomo más aunque me ahorquen.

BUR.—(*Aparte.*) (Difícil va a ser emborrachar a este gachó.)

(*Aparecen Trini y Nati.*)

TRI.—Ya estamos de vuelta.

BUR.—(*Imponiendo silencio.*) ¡Chist! Entren con cuidao. (*Hablándolas de modo que no se entere Acacio.*)

TRI.—(*A Nati.*) Oye, hay misterio. (*Entran a los comedores. Acacio las mira con cierto recelo.*)

ACA.—Hay que ver con qué descaro entran las mujeres en la taberna. (*Acacio sigue comiendo.*)

NATI.—Aquí nos tenéis.

CAY.—¡Chist! (*Imponiendo silencio.*)

TRI.—Oye, ¿qué pasa, que dice el tabernero que entráramos con cuidao?

CHI.—¡Chist! (*Señalando al otro lado.*)

TRI.—¿Es algún timito nuevo?

CHI.—(*Hablando bajo.*) Es el sobrino del señor Cayetano que está ahí en la taberna.

CAY.—Mi sobrinito, que ha venido a darnos el vermú. Porque ahora no podemos salir de aquí hasta que no se vaya.

CHI.—Y tiene la consigna de estar ahí hasta que se cierre la taberna.

NATI.—Pues es un programita.

TRI.—Bueno, bueno. Toma la cuenta. (*Sacan monedas y las dejan sobre la mesa.*)

CAY.—Tener cuidao, que no suene el dinero. (*Se sientan los cuatro y figuran contar el dinero.*)

BUR.—Y qué, jovencito, ¿se atreve usté con otro vaso?

ACA.—Bueno. Ya que se empeña usté, tomaré otro.

BUR.—(*Vase a servirlo.*) (Esto va bueno. Y que le estoy largando un vinito...)

ACA.—(Anda, que si me viera mi padre...)

BUR.—(*Dejando el vaso en la mesa.*) Aquí tiene. Gloria bendita.

ACA.—(*Después de bebérselo de un trago.*) Gracias.

BUR.—Así beben los hombres. ¡De un trago!

ACA.—De un trago soy yo capaz de beberme veinte púlpitos. Yo, aunque parezco ermita, soy catedral.

BUR.—(*Con gran asombro.*) ¡Ah! ¿Sí? ¿De modo que le gustaba a usted?

ACA.—¡A cegar! Yo me estoy bebiendo vino hasta que se cierre la taberna y me quedo tan fresco. Traiga usté otro vasito.

BUR.—(*Aparte.*) (Pues sí que estamos frescos. Hay que buscar otra combinación. Lo consultaré con ellos.) (*Pasa al otro lado.*)

ACA.—Me voy a hinchar de vino.

CAY.—(*Al ver a Burgalés.*) Qué, ¿se ha emborachao ya?

BUR.—¿Ese? Si bebe el vino como agua.

CAY.—Y decía el padre que no le gustaba.

CHI.—Es tan hipócrita como él.

TRI.—Pues anda, que no le tenéis poco miedo. ¿Queréis que salga yo a echarlo?

BUR.—No. No hace falta. Se me acaba de ocurrir una solución.

CHI.—¿Qué es? ¿Qué es?

BUR.—Luego os lo diré. Vosotros empezar a sonar dinero en la mesa hasta que yo avise. (*Sale Burgalés haciéndose el distraído y a continuación los cuatro empiezan a sonar duros y pesetas sobre la mesa. Acacio comienza a mirar a todos lados.*)

ACA.—(*Escamado.*) Paece que suena dinero. ¿Serán esas dos socias que han entrao?

BUR.—Le choca a usté el ruido, ¿verdá?

ACA.—No. Ya oigo que es dinero.

BUR.—Sí, señor. Más de mil duros hay ahí dentro en plata. (*Con misterio.*) Todos se han hecho esta noche.

ACA.—(*Preocupado.*) ¡Qué me dice usté!

BUR.—Sí, querido pollo. Yo no sirvo pa engañar a nadie. Esto no es una taberna. Es una fábrica de moneda falsa.

ACA.—¡Recuelo! (*Levantándose.*)

BUR.—La vrdá. Los tiempos están muy malos y uno tié que agarrarse a tóo. Ahora, que de esto, ni una palabra a nadie. Porque entonces sería capaz de cualquier cosa.

ACA.—(*Con mucho miedo.*) No, no; no tenga usté cuidao ninguno.

BUR.—Voy a avisarles que no metan tanto ruido, que la policía anda ya sobre la pista y no vayamos a ir todos codo con codo. Con su permiso.

ACA.—Vaya, vaya. (*Burgalés entra al otro lado.*) Vaya una casita esta. (*Mirando a todos lados con un miedo espantoso.*)

BUR.—(*Entra riendo.*) ¡Ja, ja! Me paece que ha hecho efecto.

CHI.—¿Se va?

BUR.—Yo creo que no tarda ni dos minutos. ¡Callarse! (*Todos se colocan en actitud de escuchar.*)

ACA.—Y que en esto están complicaos mi tío y el otro. No me cabe duda. Ellos son ganchos. No, pues a mí no me enganchan. ¡Vaya, vaya! Vaya con la tabernita. Yo ahueco. No vaya a ir a la cárcel como un ladrón. (*Coge una torrija del mostrador y vase muy de prisa.*)

BUR.—(*Abriendo la puerta.*) ¡Ya! ¡Ya se fué!

CHI.—¡Gracias a Dios! (*Salen todos a la taberna.*)

CAY.—¿Y qué es lo que le has dicho, que corre tanto?

BUR.—Pues na. Pásmense ustés. Le he dicho que esto era fábrica de moneda falsa.

CHI.—Ha sío una ocurrencia.

CAY.—Bueno. ¡Danos la cuenta y un vermú, que nos vamos a escape.

BUR.—En seguida. (*Pasa al mostrador y les sirve.*)

TRI.—¿Y ahora, dónde vamos?

CAY.—A coger un coche, porque a pie vamos muy expuestos por Madrid, y a comer a la cuesta de las Perdices.

CHI.—Muy bien, señor Cayetano.

(*Todos cogen los vasos y se disponen a beber.*)

CAY.—A la salú de todos.

CHI.—¡A la salú del Burgalés, que acaba de tener una idea magna! (*Comienzan a beber y aparecen Guardias 1.º y 2.º*)

GUAR. 1.º—¡Alto a la autoridad! ¡Todos detenidos!

TRI.—¿Pero por qué?

GUAR. 2.º—Por monederos falsos. Acaba de hacer la denuncia un barrendero.

CHI.—Señor Cayetano. Esto sí que es un vermú.

CAY.—Pero, Sinforiano. ¡Por Dios! (*Abrazando al Guardia. Frases de protesta en todos, y telón rápido.*)

CUADRO TERCERO

Telón a todo foro que representa una playa cualquiera. Casetas para bañistas a ambos lados del escenario.

(*Al levantarse el telón aparecen en escena diversos personajes. Entre ellos, una Doncella, una Niña, un Barquillero y un Sacerdote. Este se halla tirando a los barquillos.*)

NIÑA.—(*Saltando a la comba.*) Veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis.

DON.—Carmina, Carmina. Que no saltes más.

SAC.—¿De modo que llevo ciento veinticinco?

BAR.—Sí, señor.

SAC.—(*Tirando.*) Y veinte... ciento cuarenta y cinco.

BAR.—¡Maldita sea! Este Cura me deja sin barquillos. (*Aparece Cayetano seguido de Chiribitas. Este en traje de calle y Cayetano en traje de baño muy ridículo, con un paraguas rojo abierto y unos prismáticos. Vienen regañando. Los personajes que hay en escena van desfilando poco a poco.*)

CAY.—¿Pero me quieres dejar en paz?

CHI.—No, señor; no le dejo a usté. Que a este paso nos vamos a quedar sin una peseta. Me estoy viendo otra vez de peón dando vueltas por los andamios.

CAY.—No me nombres el pasao, Chiribitas.

CHI.—Yo creo que debíamos volvernos a Madrid.

CAY.—En Madrid estábamos muy expuestos. Ya ves lo que nos pasó en la taberna del Burgalés. Que si no llega a ser porque yo conozco a los Guardias vamos ataos codo con codo por monederos falsos. Con estas mujeres no podemos estar allí.

CHI.—Pues déjelas usté. Después de todo estamos llamando la atención con ellas.

CAY.—Pues por eso las he traído yo. Porque son dos mujeres que llaman la atención. Míralas, míralas. Ahora salen del baño.

CHI.—Bueno. Yo me voy... No quiero ni verlas. (*Vase a sentar en uno de los cestos de mimbre que habrá en el foro.*)

MUSICA

(*El cantable en la partitura.*)

HABLADO

BAÑ. 1.ª—Bueno, chicas. Vamos a vestirnos. Hasta mañana. (*Vanse.*)

TRI.—Andar con Dios.

CAY.—¡Se van a vestir! ¡Qué lástima!

TRI.—¿Pero tú no te has bañao?

CHI.—Yo me baño en seco.

NATI.—¿Qué te pasa, hombre, estás malo?

CHI.—Estoy aburrido de estar aquí. Tóo el día en la playa sin ver ná.

CAY.—Serás tú.

CHI—Y luego llega la noche y no sabe uno qué hacer.

CAY.—Serás tú.

TRI.—Pues hijo, nosotras no os atamos.

CAY.—No hagáis caso a ese pardillo. Este estará aquí hasta cuando sea. Mejor dicho, hasta que tú quieras, que eres la que mandas y la que dispones.

TRI.—Así me gustan a mí los hombres. ¡Castizos!

NATI.—¿Has oído tú, pasmao?

CHI.—¿Pasmao? Bueno. No quiero acalorarme, que ya he sudao bastante.

NATI.—Pues anda, hijo, que has amanecío bueno.

TRI.—Déjale que está de mal humor. Vamos a vestirnos. (*Vanse hacia la caseta.*)

NATI.—¿Has oído cómo respira este Chiribitas?

TRI.—Calla. Ahí dentro te diré una cosa que se me ha ocurrido. (*Se meten en la caseta.*)

CAY.—Paece mentira que hayas dao este espectáculo delante de ellas.

CHI.—Si es que no lo pueo remediar. Me acuerdo mucho de su mujer y de su hija. Las pobres estarán pasando allí las negras y nosotros aquí de jarana con dos perdidas.

CAY.—Tú lo que eres es una criatura. ¿Qué se puede esperar de un muchacho que llega a un puerto de mar con una señora y en lugar de jugar con ella se pasa el día haciendo casitas en la arena?

CHI.—Yo soy un hombre.

CAY.—Tú que vas a ser. Anda, anda. Vete a jugar con los chicos.

CHI.—¿Y usté dónde va?

CAY.—A ver las chicas. Y de paso a ver si encuentro una niñera pa que te lleve en brazos. (*Vase.*)

CHI.—Pues sí, señor; antes que alternar con esas prójimas, prefiero jugar con los muchachos. (*Vase. Aparecen Liborio y Acacio.*)

LIB.—¿Estás seguro, hijo mío, que en estas casetas es donde están?

ACA.—Sí, padre, sí. Que los he visto esta mañana. Estaban con dos señoras de postín.

LIB.—¡Bañero!

BAÑ.—Manden los señoritos.

LIB.—¿Hay alguna caseta libre?

BAÑ.—Esa misma.

LIB.—Está bien. Tráiganos dos equipos náuticos.

BAÑ.—No le entiendo, señor.

LIB.—Dos trajes de baños.

BAÑ.—¡Ah, sí! Va en seguida. (*Vase.*)

LIB.—Verás tú la que se va a armar hoy aquí. Va a ser una hecatombe. ¿De dónde habrán sacao tanto dinero esos sinvergüenzas?

ACA.—A ver si están complicaos en una sociedad del timo del entierro.

BAÑ.—(*Con la ropa envuelta en una sábana.*) Aquí están los trajes.

LIB.—Está bien. (*Se meten en la caseta.*) Anda, hijo mío. (*Salen de las casetas Trini y Nati.*)

TRI.—Ahora nos vamos a la fonda.

NATI.—Oye, ¿no estarán por ahí?

TRI.—No se los ve. Vamos a escape a recoger las maletas y a Madrid.

NATI.—¿Sale algún tren ahora?

TRI.—No sé. Pero pronto nos enteraremos. Oiga, bañero.

BAÑ.—¿Manden, señoritas?

TRI.—¿Sabe usted a qué hora sale el primer tren para Madrid?

BAÑ.—Dentro de una hora sale uno.

TRI.—Pues hala. No hay que perder tiempo. Tome usted.

BAÑ.—Gracias, señoritas; muchas gracias.

TRI.—Oiga. Si acaso preguntan por nosotras esos señores, les dice que estamos dando un paseo por la playa.

NATI.—Que nos esperen sentaos, que en seguida volvemos.

TRI.—¡Qué sorpresa se van a llevar! Vamos.

BAÑ.—Vayan con Dios. ¡Qué jaleo se traerán estas mujeres! Preguntan la hora del tren. Luego dicen que los señoritos las esperen sentaos... Esto es un lío... (*Mutis.*)

MUSICA

(*Chiribitas, al frente de una porción de niños y niñas en traje de baño.*)
(*El cantable en la partitura.*)

HABLADO

(*Aparece Cayetano abrazando a Chiribitas.*)

CAY.—¡Paece mentira! Jugando con los chicos, con las mujeres que hay por ahí. ¡Qué mujeres, Chiribitas, qué mujeres!

CHI.—Bueno, bueno; ande a vestirse que ya es hora. Que está usté haciendo el ridículo por la playa.

CAY.—Oye, ¿y esas se han vestido ya?

CHI.—No lo sé ni me importa. Yo no quiero más que irme a Madrid cuanto antes. (*Se abren las casetas donde entraron Liborio y Acacio y aparecen éstos en traje de baño y cubiertos con sábanas.*)

ACA.—¡Padre! Ahí están.

LIB.—Tápate. Verás que susto se llevan. (*Se cubren con la sábana hasta los ojos.*) Buenos días, Cayetano.

CAY.—(*Con miedo.*) ¿Quién serán, Chiribitas?

CHI.—Eso digo yo.

LIB.—(*Descubierto.*) No te asustes, hombre, que soy de la familia.

CAY.—(¡Atiza, Liborio!)

CHI.—(Nos hemos caído.)

ACA.—(Se han quedao viendo visiones.)

CAY.—¿A qué has venío aquí?

LIB.—(*Con chunga.*) ¿Que a qué he venido? Ahora verás.

ACA.—¿Qué va usté a hacer?

LIB.—Nada. (*Yendo hacia ellos y haciendo con las manos acción de nadar.*)

ACA.—Pero...

LIB.—Nada, hombre, nada. (*Acacio sigue detrás de su padre, imitándole los movimientos. Cayetano y Chiribitas retroceden.*)

CHI.—Se están chungueando.

CAY.—Ahora verás.

CHI.—¿Qué va usted a hacer?

CAY.—Nada. (*Imitando a Liborio.*)

CHI.—Pero...

CAY.—Nada, hombre, nada... (*Chiribitas y Cayetano haciendo lo mismo que los otros, y Liborio y Acacio retrocediendo.*)

LIB.—Ya veo que sabéis nadar.

CAY.—Y guardar la ropa.

CHI.—¿Han venío ustés en algún botijo?

LIB.—Poquito pitorreo.

CAY.—Habrá venío a bañar el cachorro.

CHI.—A lavarlo. Como en Madrid no hace más que coger basura...

ACA.—Mira, mira el quiriqui...

LIB.—Bueno, basta de comedias. Vamos al drama. Reposo. Supimos por una confidencia que estabais de bañistas en esta playa con dos señoras o lo que sean, y tu mujer, al saberlo, me suplicó que viniese a averiguar la verdá y a saber qué es de tu vida y milagros. Y yo, aprovechando la rebaja de precios, he venido a cumplir el régimen hidráulico que le han recomendado a mi hijo, y al propio tiempo a cumplir el encargo de tu esposa.

CAY.—Pues mira. Una vez que hayas hidraulizado al chico, pués volverte a Madrí y decirle a mi señora que estoy bueno y sano pa lo que guste mandar.

LIB.—A eso voy. Es decir, a eso vengo. A mandarte a paseo de parte de tu viuda. Porque ya comprenderás que después de lo que has hecho, para ella eres un cadáver.

CAY.—Bueno, basta de sermones. Cuando yo vuelva a casa ya arreglaré este asunto con la Lorenza, que es a la única que tengo que dar explicaciones.

LIB.—Está bien. Veo que sigues tan rebelde como siempre. Pero allá va el ultimatum. Tú puedes ir a Madrí cuando gustes; pero a casa de tu mujer no vuelvas, porque no te abrirán. Hazte cuenta de que no te queda ná en el mundo. Acacio, ¡al Oceano! (*Mutis.*)

CHI.—Señor Cayetano, ¿será verdá eso de su mujer?

CAY.—Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser. Son martingalas de éste pa amargarnos la vida.

CHI.—Oiga usté, ¿y me seguirá queriendo su hija?

CAY.—Sí, hombre. Y te casarás con ella.

CHI.—A este paso va a ser en artículo mortis.

CAY.—Voy a vestirme pa marcharnos a la fonda en seguida. Tú no te preocupes. A vivir y a gozar. Que esa es la vida. (*Vase.*)

CHI.—Sí, sí. En menúos trotes me ha metío el señor Cayetano. Por supuesto que esto se acaba hoy mismo. Yo me marcho esta misma tarde a Madrí.

CAY.—(*Que vuelve pálido y desencajado, casi sin habla.*) Chiri... Chiribitas...

CHI.—¿Qué le pasa a usté?

CAY.—¡Que nos han robao!

CHI.—¿Pero qué dice usté? (*Loco de terror.*)

CAY.—Lo que oyes.

CHI.—¿Y a quién se le ocurre llevar el dinero encima?

CAY.—Yo me lo traje por miedo de que me lo quitaran en la fonda. ¡Bañero!

CHI.—¡Bañero!

BAÑ.—¿Qué mandan, señoritos?

CAY.—Venga usté aquí. ¿Quién ha entrao en esa caseta?

BAÑ.—Ahí no han entrao más que las señoras de ustedes.

CAY.—¿Y dónde están?

BAÑ.—Dijeron que iban a pasear por la playa.

CAY.—¿A pasear? Entonces tú eres el ladrón. Regístrale, Chiribitas. (*Comienzan a registrarle entre los dos.*)

BAÑ.—Señoritos, que yo no he quitado nada.

CAY.—¡Granuja! (*Agarrándole del cuello.*)

CHI.—¿Qué va usté a hacer?

CAY.—¡Este bañero va a morir ahogao!

BAÑ.—Señorito, señorito, déjeme usté que hable.

CHI.—Déjele usté que hable.

BAÑ.—Verán ustedes. Yo creo que esas señoras son las que les han robado. Cuando salieron de vestirse me preguntaron con mucho misterio a qué hora salía el primer tren para Madrid. Me dieron un duro, y me dijeron que las esperaran ustés sentaos.

CHI.—Sí, sí. Ellas han sido. Ya le decía yo a usté que eran unas perdidas. Cualquiera las encuentra.

CAY.—Yo las buscaré. Voy a vestirme a escape, y volando a la estación. Yo te juro, Chiribitas, que como las encuentre me busco una cadena perpetua.

CHI.—¿Y pa qué quié usté la cadena si nos han dejao sin un perro? (*Corren hacia la caseta y telón.*)

CUADRO CUARTO

Casa pobre. Puertas laterales y al foro. Esta figura dar a la escalera, y tendrá una mirilla practicable. Cómoda, mesa camilla y sillas en mal uso.

LOR.—(*Llorando.*) ¡Hay que ver! Ocho días ya que los dejásteis en la playa y esta es la hora que no se sabe de ellos.

LIB.—Bueno, Lorenza; bueno. Basta de lágrimas.

ANI.—Vaya, madre, no se ponga usté así. Padre no es malo y nos quiere y volverá.

LIB.—Pues si vuelve y le admitís en vuestro seno, ni tú ni tu madre tenéis vergüenza. (*Suena la campanilla.*)

ANI.—(*Abriendo.*) ¿Quién será?

ACA.—(*Que viene sofocado.*) ¡Ay, tía Lorenza! ¡Ay, padre! ¡Ay, Anita! Traigo una noticia que se van ustés a quedar epilépticos.

LOR.—Habla, hombre, habla.

ACA.—¡Ya están en Madrid!

LOR.—¿Pero cómo? ¿Dónde los has visto?

ACA.—Verán ustés. Estaba yo regando en la calle las Fuentes cuando siento que me tiran de la manga. Me vuelvo y era el tío Cayetano.

LOR.—¿Y has hablao con él?

ACA.—Na más verme se abrazó a mí y me dijo que estaba rabiando por abra-

zarlas a ustés. Que venía a casa arrepentido. Yo entonces eché a correr pa avisarles, y aquí estoy.

LIB.—¿De modo que arrepentío? ¿Y tú qué vas a hacer?

LOR.—Qué sé yo. Cuando le vea entrar por esa puerta no sé lo que haré.

ANI.—Yo creo que debía usté perdonarle.

LIB.—Callarse. Que me paece que siento ruído. Asómate, Acacio.

ACA.—(*Abre y escucha.*) Sí, se oyen pasos por la escalera. Ellos deben ser.

LIB.—Pues, hala. Cerrar la puerta y a esperar que llamen.

ANI.—Por Dios, tío, que se arregle tóo como Dios manda.

LIB.—Eso, allá tu madre, que es la interesá. (*Vuelve a sonar la campanilla.*)

ACA.—Ahí están.

LIB.—Abre tú, Lorenza.

LOR.—Más vale que abras tú.

LIB.—¿Yo? Les abriría la cabeza.

ACA.—Vaya, abriré yo. (*Abre y retrocede asombrado al ver que son dos señoras.*) ¡Atiza, no son ellos!

TRI.—Buenas tardes. (*Sin pasar de la purta.*) ¿Es aquí donde vive don Cayetano Díez?

LOR.—Aquí es.

TRI.—¿Está su señora?

LOR.—Servidora de usté.

TRI.—¿Podríamos hablarla dos palabras?

LOR.—¿Por qué no? Pasen ustés y tomen asiento. (*Entran, y Liborio las coloca dos sillas.*)

NATI.—(*Sentándose.*) Con el permiso.

LIB.—(*Aparte.*) (¿Quién serán estas dos flamencas?)

LOR.—Ustés me dirán...

TRI.—Pues... el asunto es... ¿cómo diría yo?, una miaja azarante; pero, ¡qué caray!, allá va: Sepa usté que somos las que hemos estao en los baños con su marido y su secretario.

LOR.—(*En actitud de desafío.*) ¡Ah! ¿De modo que ustés son?...

LIB.—¡Chist! Reposo, Lorenza; deja que se expliquen.

TRI.—Dos palabras, y nos retiramos. Aburridas de la playa y de ellos, a los tres días de estar allí decidimos escaparnos con tóo el dinero que tenían. Dicho y hecho. Pero una vez en Madrid lo hemos pensao despacio, y hemos decidío traerle a usté el dinero. Ya que hicimos una mala obra, vamos a hacer una obra buena.

LOR.—Pero... (*Aturdida.*)

TRI.—Tómelo usté y no nos lo agradezca. Con ese dinero no salimos de pobres. Disfruten ustés, que nosotras ya nos hemos aburrido bastante.

LIB.—Es un rasgo nobiliario.

LOR.—Pero bueno, ¿este dinero de qué es?

TRI.—Eso es parte de un tesoro que se encontraron ellos en la obra donde trabajaban.

LOR.—¡Mira qué par de sinvergüenzas!

LIB.—¡Hay que ver! Tóos los granujas tién suerte. ¡Encontrarse un tesoro y luego estas dos mujeres, que son otros dos!

NATI.—Gracias.

TRI.—Nosotras no valdremos mucho, pero nuestra tranquilidad vale más que eso que va ahí.

LOR.—(*Que sigue aturdida.*) Pues... pues... muchísimas gracias.

TRI.—Nada, nada. Está usté cumplida. ¡Ah! Y cuando vengan ellos, nada de disgustos.

LOR.—No. Si ya han venido. Los ha visto mi sobrino, y le han dicho que venían a casa. Cuando llamaron ustés nos creímos que fuesen ellos.

TRI.—Entonces vámonos cuanto antes. No quisiéramos encontralos. Conque, que ustedes lo pasen bien.

LOR.—Ya saben que puén contarme como una servidora.

ANI.—Lo mismo digo.

LIB.—Vayan ustés con Dios, simpáticonas.

ACA.—Lo mismo digo. (*Suena la campanilla.*)

TRI.—¡Calla! ¿Serán ellos?

ACA.—Ellos, ellos son. (*Mirando por la mirilla.*)

NATI.—¿Y qué hacemos ahora?

LOR.—Pues nada. Por lo pronto, esconderse en esa habitación. Y vosotros lo mismo.

LIB.—¿Qué vas a hacer?

LOR.—Ahora lo verás. Esconderse todos. (*Vanse. Vuelve a sonar la campanilla.*)

LOR.—Sí, sí. Ahora os corre mucha prisa.

ANI.—¡Por Dios, madre, no armen ustedes escándalo!

LOR.—Ca, hija, al contrario. Si voy a recibirle con amabilidad. Tú ya sabes. Haces lo que haga yo, y verás qué rato vamos a pasar. ¡Ah! Guarda ese dinero en la cómoda. (*Anita guarda el dinero. Lorenza abre.*)

LOR.—(*Fingiendo sorpresa y simulando una gran alegría.*) ¡Calla! ¡Pero si es mi Cayetano! ¡Cayetano! ¡Cayetano! (*Dando voces se abraza a él y aprieta.*)

CAY.—¡Rediez Lorenza, que me ahogas!

LOR.—Si es que estoy loca. ¡Loca de alegría! (*Cuando por fin le suelta Lorenza se abraza a él Anita.*)

ANI.—(*Imitando a su madre.*) ¡Padre! ¡Padre de mi alma! ¡Padre!

CAY.—Amos, chica, que haces daño.

CHI.—(*Aparte*) (¡Qué recibimiento!)

LOR.—Y a tí, Chiribitas, ¿qué tal te va?

CHI.—(*Completamente asustado.*) Bien. Muy bien.

LOR.—Pero, sentarse, hombre, sentarse, que vendréis cansaos. (*Lorenza y Anita les colocan dos sillas.*)

CAY.—(*Al sentarse y aparte a Chiribitas.*) (¿Qué te parece?)

CHI.—(*Idem a Cayetano.*) (No deben saber na.) (*Hay una pausa durante la cual no saben ninguno de los dos cómo empezar a hablar ni qué decir. Se miran dos o tres veces asustados, y Lorenza y Anita se ríen aparte.*)

CHI.—¡Vaya, hombre, vaya!

CAY.—¡Bueno, hombre, bueno!

LOR.—Bueno, hombre, bueno. ¿Y qué tal os ha ido por ahí?

CAY.—¿No te ha contao nada Liborio?

LOR.—¿Liborio? Si estamos regañaos. Tuvimos unas palabras, y no ha vuelto a entrar por aquí.

CHI.—(*A Cayetano.*) (No sabe nada.)

CAY.—(Ni palabra.) Pues... pues sí, nos fuimos pa hacer un negocio como te decía en aquella carta. Una chapuza muy buena.

CHI.—Pero se nos ha dao tan malamente que volvemos sin dos reales.

CAY.—Ya ves. La desgracia que le persigue a uno.

LOR.—Pues déjalo, hombre, no te apures. Qué se le va a hacer. La vida es así. Tú has tenido desgracia, y en cambio nosotras hemos tenido una suerte loca.

CAY.—(*Asombrado.*) ¡Ah! ¿Sí?

LOR.—Te vas a asustar cuando lo sepas.

CHI.—(*Aparte.*) (¿Qué será?)

LOR.—Verás. Como yo no me podía acostumbrar a la idea de no verte, porque te quiero tanto, (*Cayetano y Chiribitas se miran disimuladamente.*) le dije a la chica que pusiera tu retrato en la alcoba a los pies de nuestra cama. Pues hijo, Dios nos había iluminao aquél día se conoce. Tóo fué ir la Anita y dar un martillazo en la pared, que empezaron a caer onzas de oro que, chico, aquello era una lluvia.

CAY.—Pero... ¿pero qué estás diciendo?

LOR.—Lo que oyes. Anda, Anita, saca las monedas pa que las vea tu padre. (*Anita va a la cómoda.*)

3 0112 115867217

CAY.—(*Idem a Chiribitas.*) (¿Qué te parece?)
CHI.—(*Idem a Cayetano.*) (Me parece... ¡ me parece un sueño.)
ANI.—(*Con unas cuantas onzas que deja sobre la mesa.*) Mírelas, padre.
CAY.—(*Cogiendo una sin dejar de mirar a Chiribitas.*) Pues... pues sí que son de oro.
CHI.—Sí, señor, sí. Peluconas. (*Aparte.*) ¡Qué casualidad!
LOR.—Te advierto que debe haber más. Es que yo no he querido tocar a la pared hasta que tú vinieras.
CAY.—Pues ahora mismo. Venga un martillo.
LOR.—Ahí lo tiés en esa habitación.
CAY.—Anda, Chiribitas, ayúdame.
CHI.—(*Según se disponen a entrar, aparte a Cayetano.*) Oiga usté. ¿Esto será a medias también?
CAY.—(Naturalmente.) (*Lorenza y Anita los miran riéndose. Al ir a entrar a la habitación se oyen carcajadas dentro y aparecen todos los personajes. Cayetano y Chiribitas retroceden acobardados al darse cuenta de la tomadura de pelo.*)
CHI.—(*Aparte.*) ¡Nos la han diñao!
CAY.—¡Maldita sea!
LOR.—¡Pero qué te habías creído tú, arrastrao, granuja, ladrón! (*Zarandeándole.*)
LIB.—Reposo, Lorenza. La lección ya ha sido bastante dura.
TRI.—Sí, perdónelo. Que después de todo, lo mismo el unto que el otro son dos infelices. Vaya, buenas tardes.
LOR.—Ustés sigan bien.
LIB.—Nosotros también nos retiramos. Pasen ustedes, simpáticas camareras. (*Abriendo la puerta y dejando pasar a Trini y Nati.*)
TRI.—Muchas gracias. (*Vanse.*)
LIB.—Esas son las que ustedes tienen. (*Vase detrás entusiasmado.*)
ACA.—¡Ay, mi padre! ¡Qué mal le veo! (*Mutis.*)
LOR.—¡Granuja! ¡Sin vergüenza!
ANI.—¡Madre, por Dios!
LOR.—Y tú, ¿qué esperas aquí? ¡Hala, hala! Esta no es tu casa.
CHI.—Bueno. Señor Cayetano, ¿y el... y el dinero?
CAY.—(*Con miedo.*) Oye, Lorenza. el dinero es también de Chiribitas, que fué el que se lo encontró.
LOR.—Pues que se lo lleve tóo y reviente con él. ¡Pa lo que ha servido!...
CHI.—No, señora, ya no lo quiero. Yo lo único que quiero en el mundo es a Anita, y eso veo que no pué ser... Pa ustedes todo. Buenas tardes. (*Va hacia la puerta muy triste.*)
ANI.—¡Madre! ¡Madre, que no se vaya! ¡Yo le quiero! Chiribitas. (*Llamándole.*)
CHI.—(*Volviendo rápidamente.*) ¿Has dicho que me quieres?
ANI.—¡Que te quiero!
CHI.—¡Que te... que me!... ¡Ay, qué alegría! (*Abrazándola.*)
LOR.—¿Pero qué es eso? ¿Abrazando a la chica?
CAY.—Déjale, que está autorizao. Ahora, si es envidia, te abrazaré yo.
LOR.—¡Amos, déjame! No te perdono lo que me has hecho.
CHI.—¡Perdónele usté!

Perdone usté a su marido
que está el pobre arrepentido
¡y a vivir! ¡Fuera rencores!
(*Al público.*)
Y a ustedes también les pido
perdón para los autores.

TELON

PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008